

rigiendo la tormenta sobre los venecianos, que viéndose vendidos, no titubearon en incitar á los turcos para recobrar las comarcas itálicas que antiguamente habian dependido del imperio de Oriente. El gran visir Acmet Breche-Dente, saliendo de Valona, desembarcó cerca de Otranto, del que se apoderó y de donde llevó diez mil habitantes en esclavitud, después de haber muerto á doce mil; dejó allí guarnición, y se fué á reunir nuevas fuerzas. Se concibe el espanto de la Italia; disponiase el papa á huir allende los montes, escitando á los italianos á armarse, pero á la muerte de Mahomet II, la guarnición turca perdió la esperanza de ser socorrida, y se decidió á restituir Otranto. Entonces Fernando, en lugar de reunirse á los demás potentados de Italia, para asegurar el país contra los ataques de los turcos, se vengó de los venecianos, escitando á su yerno Hércules de Este, duque de Ferrara, á poner trabas á su comercio en el Pó. De esta manera es cómo malas y bajas pasiones contribuyen á formar alianzas ó á fomentar enemistades.

El valor con que Fernando refrenaba á los barones, su crueldad, la avaricia que le inducía á hacer innobles monopolios, le hacian odioso, y sobre todo los modales altaneros, la dureza de su hijo Alfonso, duque de Calabria. Este príncipe hace poner preso en Aquila, donde era poderoso, á Pedro Lallo, conde de Montorio, y ocupa la ciu-

mientras que Fernando de Nápoles sitiaba en Mondragon, una ciudadela del partido angevino, que la falta de agua habia reducido á la última estreñidad, ciertos sacerdotes impíos hicieron caer la lluvia con conjuraciones mágicas. Encontraron algunos mancebos intrépidos que ganaron de noche la ribera por caminos muy difíciles, allí blasfemaron delante de un crucifijo, profiriendo las más horribles maldiciones; después le arrojaron en las olas, pidiendo la tempestad al cielo, al mar y á la tierra. En el mismo momento los sacerdotes habian tomado un asno, y le decian como á un moribundo las oraciones de los agonizantes; le hicieron comulgar y después de haber celebrado sus exequias, le enterraron vivo delante de las puertas de la iglesia. De repente el cielo se cubrió de nubes, rugió enfurecido el mar, esparcióse la oscuridad por los aires, los truenos, relámpagos y torbellinos surcaron las nubes, de donde se desprendieron torrentes de agua, y encontrándose ya la ciudadela provista de abundante agua, Fernando se vió obligado á retirarse.

En semejantes estreñidades, la Roma sabia antigua enterraba á un hombre y á una mujer.

dad, que se gobernaba en república; furiosos los habitantes le arrojan de sus muros, y se entregan á Inocencio VIII. Los principales barones se ligan con el pontífice, de un carácter no obstante pacífico, y esponen sus agravios al rey. Resueltos después á no sufrir la dominacion de Alfonso, enarbolan la bandera de la Santa Sede y se declaran en abierta rebelion. Concluyóse, en fin, la paz, mediante el compromiso tomado por el rey de conceder entero perdon á las rebeldes, y entregar al papa Aquila, con los barones que le habian prestado homenaje. Era ésta una asechanza de Fernando: en efecto, apenas los barones depusieron las armas; cuando los hizo poner presos y dar muerte, ocupó á Aquila, y negó el tributo prometido. Indignado Inocencio, le declaró depuesto del trono, é invitó á ceñirsela al rey de Francia Carlos VIII, lo cual fué para la Italia origen de nuevos desastres.

Por su parte la Sicilia, pedia en vano, con instancia, ser considerada como reino diferente, y se convertia cada vez más en una provincia de Aragon. Cada tres años se enviaba á ella un virey del que dependian los jefes de la cancelleria, ó dicho de otra manera, los secretarios de Estado, los magistrados del Supremo Tribunal, y un gran consejo compuesto de los principales dignatarios, barones y prelados. Residiendo los vireyes tan pronto en una ciudad como en otra, y por último en Palermo, tenian facultades casi ilimitadas, pero frecuentes instrucciones secretas les ataban las manos, y no podian decidir nada importante sin la aprobacion del rey, al paso que ejercian sobre los súbditos y los funcionarios una autoridad arbitraria. Los empleos de justicia mayor, archivero, protonotario, el de gran senescal, de gran canceller, no eran más que títulos vanos, concedidos á las principales familias de Sicilia y Aragon; y como el virey desempeñaba además las funciones de capitán general, no habia necesidad de gran condestable, ni de gran almirante; además, casi siempre se confirió esta dignidad á un extranjero.

Todo lo que sobrevivía de existencia política residia en las asambleas nacionales, que contrabalanceando el poder del virey, de corta duracion, esponian las necesidades del público mejor que lo hubiesen podido hacer los mismos vireyes, cuya momentánea permanencia apenas les dejaba el tiempo de conocerla y empobrecerla. Para colmar la medida, establecióse allí la inquisicion española en 1513 por Fernando el Católico.

CAPÍTULO XXI

ESTADO PONTIFICIO.

Se habia suscitado en el concilio de Basilea la cuestion de saber si la Iglesia no recobraria mayor pureza separándose de las intrigas de una dominacion terrestre. Pero uno de los oradores dijo: «Hubo un tiempo en que pensé seria muy útil separar el poder temporal de la autoridad espiritual; actualmente estoy convencido de que la virtud sin fuerza es ridícula, y de que sin el patrimonio de la Iglesia, el pontífice romano no seria más que un servidor de los reyes y de los príncipes.» (1) En efecto, la servidumbre de Aviñon habia demostrado á los papas y á los príncipes cuán importante era asegurar á la Santa Sede una existencia independiente, con el objeto de que no se convirtiese en un instrumento pasivo de los caprichos de los reyes. Ocupáronse, pues, en consolidar su poder político, cuando declinaba la autoridad espiritual. Martin V, de la familia de los Colonna, que pudo hacer cesar el cisma, habia encontrado el patrimonio de la Iglesia enteramente trastornado; pero restableció en ella el orden y la dignidad. Hizo que Juana II le restituyese á Roma, que Ladislao habia ocupado; arrebató Perusa á Braccio de Montone (2), y las demás pequeñas plazas á los tiranos que se habian instalado en ellas. El cardenal Albergati, no menos santo en su modo de

vivir que hábil diplomático, supo devolver á la Santa Sede su importancia política en los negocios de la Italia; y llegó á terminar varios tratados de paz con ayuda de su sola habilidad en negociaciones; habilidad que le valió mas que las armas.

Pero varias casas señoriales se habian establecido en el patrimonio de San Pedro. La de los Polenta habia perdido á Rávena en 1438; cuando los venecianos ocuparon aquella ciudad, que conservaron medio siglo, Faenza é Imola obedecian á los Manfredi; los Ordelaffi de Forli y los Varani de Camarino dominaban allí á su antojo, aun cuando eran considerados como vicarios del papa. Los Malatesta, capitanes afamados, se habian constituido un hermoso principado en Rimini, sometiendo á Fano, Pesaro, Camerino, San Severino, Macerata, Montesanto, Cingoli, Yesi, Fermo y Gubbio; pero todo lo perdieron en tiempo de Martin V, escepto Rimini, Fano y Cesena. Odon Antonio, de Montefeltro, obtuvo de Eugenio IV, en 1442, el título de duque de Urbino. Este papa, que vió al país destrozado entre los Esforceschi y los Braceschi, y puesto sitio por ellos á Roma, de donde se vió precisado á huir, se decidió, para ganarse apoyos, á conceder dominios y títulos; pero Picanino venció á Fortebraccio, y devolvió á San Pedro sus antiguas posesiones.

Nicolás V (Tomás Parentucelli) fué uno de los papas más dignos de este nombre, y que, aun teniendo en cuenta la diferencia de los tiempos, contribuyó más que Leon X, al progreso de la civilizacion con su proteccion ilustrada. Restauró el panteon de Agripa, y fundó la biblioteca del Vaticano, donde reunió cinco mil volúmenes. Todos los hombres instruidos fueron acogidos por él. Sus cartas estaban escritas por Poggio de Florencia, Jorge de Trebizonda, Flavio Biondo, Leonardo de Arezzo, Gianotto Manetti, Francisco Filelfo; y

(1) SCHRÖCK, tomo XXXII, pág. 90.

(2) «En 1424 fué muerto Braccio de Montone... Hubo en esta ocasion gran festejo y algazara en Roma, donde se celebraron fuegos artificiales y bailes. Todo romano iba á caballo, con una antorcha en la mano, para acompañar á mesire Jordano Colonna, hermano del papa Martin, en vista de que habia muerto el enemigo del papa. Ahora bien, puesto que habian perecido sus enemigos, el papa Martin no encontró ningun otro impedimento; mantuvo en su tiempo la paz y la abundancia, y el trigo llegó á estar á cuarenta sueldos el rubbio.» INFESSURA.

todos á porfia le dedicaban sus obras. Tradujéronse entonces muchas del griego, principalmente la Iliada, la Ciropedia, Herodoto, Apiano de Alejandria, Aristóteles, Tolomeo, Platon, Teofrasto y varios santos Padres. Nicolás V se mostró liberal con respecto á Poggio por su version de Diodoro; Lorenzo Valla recibió de él 500 escudos de oro por la de Tucídides; y prometió á Francisco Filelfo, para comprometerle á traducir á Homero, una hermosa casa en Roma, una heredad y 10,000 escudos. Dió 1,500 á Guarino por Estrabon, 500 á Perotti por Polibio. Manetti recibia 600 anualmente por ocuparse de las obras sagradas, y el papa le hizo principiari una version de la Biblia del texto hebreo (3). Añadanse á esto los edificios que reedificó ó emprendió por todas partes; notables palacios en Orbieto y en Espoleto; baños para los enfermos en Viterbo, sin contar la construccion de las murallas de Roma, y las iglesias que, arruinadas durante su larga viudez, fueron reparadas por sus cuidados. Proponíase tambien reedificar á San Pedro como símbolo del restablecimiento de la Iglesia espiritual.

No dedicó tanto cuidado al bien de sus súbditos, ó mas bien quiso gobernarlos con aquel despotismo á que se inclinan fácilmente los que se sienten superiores á los otros y desean serles útiles. Hizose una nueva tentativa para resucitar la república romana por Esteban Porcari, noble romano, que se indignaba de ver el gobierno en manos de sacerdotes, extranjeros en su mayor parte, ninguno de los cuales era apto por su educacion para los negocios; animándose con estos versos de Petrarca: «Noble espíritu...» y persuadiéndose de que era aquel caballero á quien «imploraba Roma con húmedos ojos desde las siete colinas,» urdió tramas para hacerse soberano de ella á viva fuerza. Alistó aventureros y desterrados: luego se deslizó furtivamente en la ciudad, con el designio de ocupar el Capitolio, de tomar el castillo de Santo Angelo, y de prender al papa y á los cardenales. Pero ya habia columbrado el senador la trama y puso presos á los conjurados reunidos en una cena. Porcari fué ahorcado en union de nueve de sus cómplices en las almenas del castillo (4); y el pon-

(3) *Los pontífices estendieron estas tinieblas, declarando la guerra á toda clase de erudicion pagana. Si se hicieron de cuando en cuando algunos esfuerzos para disipar esta oscuridad, fueron sofocados por los suplicios.* RAYNAL, libro XIX.

(4) «El mártir 19 de enero fué ahorcado un tal Esteban Porcari en el castillo, en aquel torreón que está cuando se va hácia allá, á mano derecha. Yo le ví vestido de negro, en almilla y con calzas negras. Perdimos aquel hombre honrado, amante del bien y de la libertad de Roma, el cual, viéndose desterrado de esta ciudad sin justo motivo, para libertar á su patria de la servidumbre, quiso dar su vida como habia dado su cuerpo... Y aquel dia fueron ahorcados en el Capitolio sin confesion ni comunión los infrascritos... Item con ellos lo fué el dicho Sao y otros

tífice, á quien se habia representado aquel lance como una tentativa de asesinato, quedó víctima de las sospechas, mandó perseguir á los que habian apelado á la fuga, y trató con sumo rigor á cuantos pudieron ser habidos. El resto de su vida la pasó en medio de terrores y de suplicios. Pero antes de exhalar el último aliento, decia á dos piadosos monges que se hallaban á su lado: «Nunca entra aqui nadie que me haga oír la verdad. Estoy tan confuso á causa de las ficciones de los que me rodean, que si no temiera un escándalo abdicaria el papado para volver á ser Tomás de Sarzano.»

Al tiempo de la eleccion del español Calixto III (Alfonso de Borgia), á quien hemos visto lleno de celo contra los turcos, se reanimaron las facciones de los Colonna y de los Orsini: hizose mayor todavía la irritacion cuando el pontífice, prescindiendo de todo miramiento, gratificó á sus sobrinos con los feudos de la Iglesia, haciendo á Pedro duque de Espoleto, y proyectando, si se hubiera prolongado su existencia, colocarle en el trono de Nápoles, á la sazón vacante. Estos designios obligaron al cónclave siguiente á determinar que sin el consentimiento de los cardenales, no podria el papa transferir la Santa Sede de Roma, ni conferir el capelo de cardenal ú obispados, ni hacer la paz y la guerra, ni enajenar las tierras eclesiásticas.

Pio II.—Aquel Eneas Silvio Piccolomini, á quien se ha visto representar el principal papel en las cosas de aquel tiempo, uno de los hombres más instruidos en las letras y en el derecho canónico, á la vez historiador y poeta, sucedió á Calixto con el nombre de Pio II. Su juventud habia pasado en medio de los disturbios de Siena; habia asistido al concilio de Basilea como adjunto del cardenal Domingo Capránica. Habiendo mudado muy á menudo de soberano, fué embajador frecuentemente, luego secretario de Felix V, después del emperador Federico. Escribió la historia de Bohemia, el estado de Europa en tiempo de Federico III, un cuadro de Alemania y del concilio de Basilea, en el cual habia figurado en la oposicion. Estas obras son interesantísimas por emanar de un testigo ocular y prudente: hay que añadir una coleccion de cartas amistosas y de negocios (5). Su secretario, bajo

muchos... Y en aquel dia fueron cogidos tambien M. Joanni... El 28 de enero fueron ahorcados Francisco Gabadio y un doctor, porque acompañaron á M. Esteban Porcari, y se dijo que tenian noticia del dicho tratado. Y después se publicó un bando para que los que supieran dónde estaba... lo descubriesen y ganaban mil ducados, y los que le entregasen muerto, quinientos. Y el papa mandó buscar por toda Italia á estos delincuentes... habiéndoseles cogido á unos en Padua, á otros en Venecia. A muchos se les cortó la cabeza en la ciudad de Castello. En 30 de enero fué decapitado Bautista de Persona.» INFESSURA.

El diario de éste no cesa de mencionar atroces suplicios, raptos de mujeres y de funcionarios públicos para dar soltura á presos de la peor nota.

(5) Véase *Enea Silvii Piccolomini senensis, qui post*

el nombre de Juan Gobellini, nos narró su vida, continuada después por Jacobo de los Amanati. Fué trazada por el Pinturicchio en la antigua biblioteca de Siena con arreglo á los cartones de Rafael.

Pio II sostuvo enérgicamente, como papa, aquella autoridad que como diplomático habia combatido; y como se le echase en cara á menudo sus antiguas opiniones, espidió la bula *Retractationum*, en la cual aludiendo á muchas proposiciones que habia fulminado contra el poder pontificio, y especialmente contra Eugenio IV, declaraba que estaba en la índole humana engañarse; que habia sostenido, no por obstinacion, sino por error aquellas

adeptum pontificatum Pium ejus nominis secundus appellatus est, opera quæ existant omnia. Basilea, 1556. Poseemos una edicion mas preciosa de las cartas de Eneas Silvio hecha en Milan por maese Ulderico Scinzenceler. Allí se encuentra la muy célebre historia de Lucrecia de Siena, enamorada de un alemán llamado Eurialo, de la cómitiva del emperador Sigismundo; aventura referida al estilo de Bocaccio. Otras muchas cartas difunden gran luz sobre las cosas de aquel tiempo. Sus obras capitales son: *De gestis concilii Basiliensis Comm.—De ortu et historia Bohemorum. Europa, in qua sui temporis varias historias complectitur.* Escribe bien, aunque multiplica demasiado las frases y los hemistiquios. Véase aquí el prefacio del concilio de Basilea: «Yo no sé por qué desgracia ó por qué destino que sobre mí pesa, no puedo apartarme de la historia ni emplear el tiempo más útilmente. A menudo me propongo emanciparme de aquellas seducciones de los oradores y de los poetas, para seguir otro ejercicio de que pudiera sacar algo que me hiciera la vejez menos penosa, á fin de no vivir con el dia como las aves y las flores. No faltaban objetos de estudio que hubieran podido proporcionarme dinero y amigos, si hubiera querido reconcentrar en ellos mis fuerzas. Estos pensamientos no procedian de mí exclusivamente, sino que tenia en rededor amigos que me decian de continuo: *Eneas, ¿qué haces? ¿Te ha de encadenar por siempre la literatura? ¿No te avergüenza no tener á tu edad hacienda ni dinero? ¿No sabes que es necesario ser grande á los veinte años, prudente á los treinta, rico á los cuarenta, y que pasado este tiempo es vana toda fatiga?* De consiguiente, cuando me hallaba cerca de los cuarenta años me aconsejaban que procurara asegurarme algo antes de llegar á ellos. Frecuentemente me puse á intentarlo y prometí seguir su consejo. Eché á un lado los libros de los oradores: arrinconé las historias y todos los escritos de esta clase, como enemigos de mi salud. Pero, así como ciertos insectos no saben huir de una bujia y acaban por quemarse en ella las alas, del mismo modo volví á mi mal en que es fuerza que muera, y segun veo, nada más que la muerte me arrancará de este estudio. Mas, puesto que el destino me arrastra y no puedo hacer lo que quiero, me es necesario unir la voluntad al poder. Se me censura á causa de mi pobreza; pero el pobre y el rico deben vivir hasta la muerte. Si la pobreza es una desgracia para los viejos, todavía lo es mayor para los ignorantes. Tener un cuerpo sano y las facultades intelectuales completas, es dado al pobre no menos que al rico. Si obtengo esto, alcanzo cuanto pido. Concédame Dios disfrutar con buena salud de lo que tengo, y otórgueme una vejez con un espíritu sano, y no sin honor y sin lira. Puesto que así se halla decretado, volvamos á nuestros comentarios.»

opiniones, y que le importaba retractarlas, á fin de que no se atribuyesen á Pio las opiniones de Eneas (6); de aquí tomó ocasion para esponer una parte de su vida.

A consecuencia de las agitaciones precedentes, sucedia que aquellos á quienes castigaba el papa apelaban al futuro concilio: además los reyes alegaban pretensiones de nombrar los obispos de sus Estados: en su consecuencia, Pio prohibió por la bula *Execrabilis* en el concilio de Mantua, bajo pena de excomunion, apelar de las decisiones del papa al futuro concilio, tribunal que no existe. Pero las sanciones que á propósito de esto habian tenido lugar durante las agitaciones pasadas, le opusieron graves embarazos. En el instante en que luchando con toda la energia de su conviccion contra la indiferencia del siglo egoista, preparaba la cruzada contra los turcos, espiró en Ancona (7).

Paulo II.—Pedro Barbo, veneciano, elegido papa después con el nombre de Paulo II (1464), era un buen hombre, habilísimo en insinuarse en el valimiento de cualquiera por pequeños servicios, así como por sus simpatias hácia los padecimientos ajenos, lo cual habia hecho que se le diera el sobrenombre de *Nuestra Señora de la Piedad*. Propendió continuamente á tres cosas: al engrandecimiento de sus sobrinos, en cuyo favor hizo anular la estipulacion impuesta por el cónclave; la cruzada contra los infieles; la derogacion de la pragmática sancion de Bourges, en la que le parecian mermadas las prerogativas pontificias por el clero galicano. Pero zozobró en cada una de estas tres tentativas. Informado de que los sesenta *abreviadores* (colegio instituido por Pio II á fin de que redactara los breves en estilo castizo) hacian tráfico de sus funciones, los destituyó con la idea de que era digno de Roma darlo todo gratuitamente. Aquellos sesenta letrados, sumidos de este modo en la miseria, le denigraron á porfia; y uno de ellos, Bartolomé Sacchi de Piadena (el Platina), le faltó al respeto hasta tal punto que fué condenado á encarcelamiento. Después se halló complicado en una conspiracion que fué descubierta, y se le aplicó de resultas el tormento; suplicio de que se vengó enérgicamente, calumniando al pontífice en sus *Vidas de los papas*.

Se acusa á Paulo II de haber perseguido la restauracion de la literatura clásica; nosotros nos inclinamos á ser indulgentes en este punto con su persona, si le asustó ver en ella la irrupcion del paganismo, no sólo en las bellas artes, sino tambien en las doctrinas y en la vida; á los eruditos sonrojarse de los nombres de santos que habian recibido en el bautismo, y cambiar el de Pedro en Pierio, el de Juan en Joviano, el de Marino en

(6) Hacia la misma distincion en esta célebre frase: «Cuando yo era Eneas, nadie me conocia; ahora que soy Pio, no hay quien no me llame su tio.»

(7) Véase antes pág. 262.

Glauco (8); celebrar fiestas á la antigua usanza, sacrificando un macho cabrío, y bajo pretesto de restaurar el crédito de Platon, profesar doctrinas impías ó teúrgicas. Todas estas cosas, frívolas bajo algunos conceptos, traen consigo muy sérios resultados. Es cierto que Paulo II gastó mucho para desenterrar antigüedades. Amó las artes y se mandó hacer una tara de valor de cincuenta mil marcos de plata (275,000 pesetas). Consiguió formar una liga de todos los potentados de Italia, para mantener la independencía de cada uno de ellos. Los príncipes de Este, que ya habian obtenido del emperador los ducados de Módena y Reggio, alcanzaron del papa el título de duques de Ferrara, é hizo que tomara asiento entre los cardenales Borso de Este, á quien regaló la Rosa de oro. Ya no se trataba de proyectos de reforma para la curia romana; y mientras se ahuyentaba cada vez más la idea de convocar un concilio, se prodigaban encomiendas, promesas y otros abusos lucrativos.

Sixto IV (Francisco d' Albescola de la Rovere), cuya política incierta y desleal hemos visto tanto en Nápoles como en Florencia, dejó todavía peor renombre que Paulo II. «El fué el primero que comenzó á demostrar á cuanto alcanzaba el poder de un pontífice, y de qué manera, mil cosas tratadas antes de errores, podian ocultarse bajo la autoridad pontificia (MAQUIAVELO).» Trató de armar á la cristiandad contra los turcos; pero solo consiguió quitarles Esmirna y espulsarles de Otranto. Los manebos de quienes se rodeaba, hicieron que se hablara mal de sus costumbres. Manifestó estremado vigor en las guerras que se encendieron entre los Colonna y los Orsini, y pasó la ciudad á sangre y fuego. Beneficios, obispados, principados, dignidades, empleos, llovieron sobre los Riario y los Rovere, sus sobrinos. Rafael Sansoni, nombrado cardenal á los diez y siete años, llevaba en pos de sí una comitiva de diez y seis obispos: el inepto Pedro Riario, legado de toda la Italia, tenia una corte de más de quinientas personas. Para Gerónimo Riario fundó Sixto IV el señorío de Imola y preparaba otro más importante en la Romaña; pero hallando un obstáculo á este proyecto en los Médicis, se asoció á la conjuración de los Pazzi, y castigó con escomuniones á Lorenzò, porque no habia dejado que le dieran muerte los conjurados. Sixto IV halagó á Venecia mientras tuvo esperan-

(8) El nombre que le dieron de algun santo
O de un apóstol, al echarle el agua,
Lo mudas en Cosmico ó en Pomponio;
Otros convierten el de Pedro en Pierio,
El de Juan otros en Joviano ó Jano.
ARISTO, *Sat.* VI.

za de que le sirviera de instrumento para su nepotismo ambicioso: luego la abandonó para unirse al rey de Nápoles y al duque de Ferrara, que hacian la guerra á los venecianos, y fulminó contra ellos el entredicho. Sin inquietarse Venecia de la sentencia, citó al papa al futuro concilio, y recuperó después cuando la paz de Bañolo lo que habia perdido, con sus derechos de navegacion en el Pó y la Polesina de Rovigo. «Este ambicioso modo de obrar, dice Maquiavelo, le hizo estimar más de los príncipes de Italia y todos trataron de ganársele por amigo.» El hecho es que aquel nepotismo descarado deshonraba á la Iglesia. El abuso de las censuras les hacia perder todo crédito, y Luis XI envió á intimar al papa con altivez la orden de retirar las censuras fulminadas contra Florencia y convocar un concilio.

Apenas Sixto IV, á quien el mal éxito de sus designios habia llenado de amargura, dió el último suspiro, cuando el palacio de sus sobrinos fué demolido, los granos que habia acumulado fueron saqueados, y los Colonna volvieron á Roma, donde se sostuvieron con las armas en la mano. Esforzaronse los cardenales en prevenir nuevos desórdenes, estableciendo aun una capitulación; pero en lugar de aquellos espedientes siempre eludidos, debieron pensar en hacer una nueva eleccion. Dinero y promesas la hicieron recaer en el genovés Juan Bautista Cibo que tomó el nombre de Inocencio VIII, á quien los pasquines declararon llamarse Padre con razon. Embelleció á Roma, castigó á algunos falsificadores de bulas, pero se dejó gobernar por su sobrino Francisco Cibo, que se enriquecia concediendo, mediante grandes primas, la impunidad á los bandidos de que Roma era una guarida. Creó Inocencio por sugestion suya varios empleos; y los que los compraban á alto precio se indemnizaban traficando con las gracias apostólicas.

Considerando Venecia al clero como dependiente del gobierno, habia hecho siempre los nombramientos para los beneficios y dignidades. Inocencio, que queria atraer á sí la eleccion de las sillas de Pádua y Aquilea, se opuso entonces á ello, así como á los derechos del diezmo exigidos sobre las fundaciones venecianas. Combatió con ayuda de una política tortuosa la perfidia de Fernando I de Nápoles, y descuidó los negocios eclesiásticos. El deseo de prolongar los días que los antiguos pontífices prodigaban con santa generosidad, le hizo recurrir á todos los medios, hasta hacer pasar á sus venas la sangre de tres niños. De esta manera es como los papas, siendo cada vez menos dignos de la tiara, preparaban el azote que estaba ya próximo; pero nos detendremos antes de llegar á hablar de un pontífice cuya memoria está todavía más manchada.

CAPÍTULO XXII

CONDICIONES DE LA ITALIA.—COSTUMBRES.

Las innumerables señorías en que se habia fraccionado la Italia se encontraban desde entonces reducidas á algunas que contrabalanceándose impiden á una prevalecer sobre las demás y reducir al país á monarquía. Ya hemos visto formado varias veces este proyecto, y fracasar por la oposicion de los demás Estados, y sobre todo por la de los pontífices. Presentaban los papas un poderoso obstáculo, aunque no fué el único, á la reunion de aquella hermosa comarca en un sólo Estado, porque no pudo operarse ni antes que dominasen allí, ni cuando se encontraron despojados de su patrimonio, como sucedió en tiempo de Ladislao y de Napoleón I (1). La causa de la division de los italianos es, pues, más profunda que lo que se cree, y es de sentir que la península no haya sido subyugada entonces por algun príncipe para ser reducida por la fuerza á aquella unidad que se impuso á la Francia, á la Inglaterra, á la España; pero seria una injusticia acusar á los antiguos italianos de lo que tal vez era un imposible para ellos, y no era de seguro de ninguna manera apetecible. La idea de la unidad nacional es entre las teorías sociales la más difícil de concebir, y la última que reciben los pueblos; porque exige un trabajo grande de inteligencia, el sacrificio de toda prevención, y la estirpacion de arraigadas injusticias. Además, la semejanza de raza no basta á determinar por su bien á un pueblo á permanecer unido á otro, y hechos recientes lo atestiguan.

(1) El poder temporal de los papas era entonces muy débil; y Maquiavelo dice que «comenzando desde Alejandro IV, los potentados italianos, no sólo los que se llamaban así, sino todo barón y señor, por pequeño que fuese, hacian poco caso de la Iglesia con respecto á lo temporal.» *Del príncipe*, XI.

Las fuerzas de los diferentes Estados se encontraban de tal manera equilibradas, que cada uno de ellos estaba imposibilitado de someter á los otros. Existian en la Lomhardía la Romaña y el reino de Nápoles, multitud de nobles que «además de que tenian una vida ociosa, provistos de todo en abundancia, con los productos de sus propiedades, mandaban plazas fuertes y tenian súbditos á su obediencia,» (2) formando otras tantas soberanías dispuestas á unirse contra el que quisiera subyugarlas, y á suscitarle tantas guerras como castellanos habia.

De consiguiente, sólo hubiera podido realizarse esta unidad ideal por medio del despotismo, que aboliendo la diversidad de costumbres, usos, privilegios, y derribando cuanto sobresalia, hubiera hecho pasar por encima de todos el rígido nivel de la obediencia. Entre tanto los pueblos sufren, la esclavitud inspira indignacion y muestra más claramente las ventajas de la libertad, hasta el punto de parecer leyes cualesquiera sacrificios con tal de obtenerla, y por último, á la igualdad ante un señor sucede la igualdad ante la ley.

Los diferentes Estados formaban diversas unidades, de manera que destruir á uno hubiera sido un homicidio, como abolir una vasta monarquía. ¿Qué dirian los publicistas si alguno propusiese en el día someter Nápoles, á los reyes de Toscana? ¿No oimos todos los días las quejas de Génova y Venecia? (3) El Portugal poblado con tres millones de habitantes, podia ser incorporado á España, cuyos naturales han tenido el mismo origen que el suyo y sufrido las mismas vicisitudes.

(2) MAQUIAVELO, *Décadas*. I, 55.

(3) Yo no podia al escribir esto mencionar todavía las terribles pruebas de 1848.